

## ***EDITORIAL***

Dudar del carácter universal, absoluto y objetivo de la ciencia, y a partir de allí pretender juzgar el proceso de investigación científica, sus tendencias y criterios de valoración, no sólo en Venezuela sino en todo el continente americano, se ha considerado parte de la herejía revolucionaria desde las últimas décadas del siglo XX, principalmente por pretender incorporar elementos ideológicos al análisis científico.

Es evidente que existe una relación entre ciencia e ideología y, por lo tanto hay factores ideológicos que intervienen en la actividad científica; de manera que no existe una ciencia objetiva como muchas veces se pretende asumir, y resultaría muy peligroso para la propia actividad científica entender a la ciencia como neutral, en ese afán por alcanzar la objetividad, donde el científico se aísla y aleja de la gente para no contaminarse, intentando con ello establecer una dirección progresista y única, pero lejos de su medio social, de su momento histórico y del contexto social.

Lo que se hace en ciencia corresponde a factores ideológicos que el científico aporta y desarrolla, porque todo aquello que se investiga y tiene valor para la ciencia tiene que ver con la naturaleza humana. Así, contrario a lo establecido por la tradición clásica, no hay un conocimiento eterno y firme que surge de una objetividad pulcra y aséptica, como tampoco existe posibilidad alguna de que se esté haciendo ciencia objetiva fuera del espacio terrenal que habitamos, aún reconociendo el hecho de que se puede desarrollar ciencia en la estratósfera o en condiciones de virtualidad tecnológica.

Igualmente es peligroso para el desarrollo científico, la posición según la cual la militancia política e ideológica sirve de antesala para que los resultados alcanzados se deban aceptar como científicamente válidos. Ese tipo de nociones, a veces de muy buena fe, pudieran conducir a pensamientos fascistas que generan mucha algarabía política, pero se salen del camino de la ciencia, exponiendo al científico a tener que actuar con los prejuicios que el poder político genera, discriminando u orientando con ello el desarrollo de una ciencia que será útil al gobierno, no por razones del desarrollo científico y social, sino por las mezquindades que el poder provee. Por eso, la ideología, en principio, no debe conspirar contra la objetividad de la ciencia (la de los fundamentos, teorías,

categorías, conceptos, presunciones y axiomas), y debería evitar el carácter político pragmático que tanto daño hace al avance tecnológico y científico.

En la última década, el Estado venezolano ha lanzado diversas políticas científicas basadas en el carácter ideológico, con lo cual ha dejado claro que se ha intentado romper con la exclusividad del quehacer científico objetivo, ese que se desarrolla exclusivamente en el aislamiento del saber, en los laboratorios o en espacios que benefician principalmente a una élite empresarial. Por ello, la formación ideológica del científico debe ser una precondition primaria para desarrollar ciencia, porque sin ella se corre el riesgo de que en una sociedad de desiguales, la gente más cercana a la formación científica, vea como necesaria desarrollar ciencia en aquellas áreas que su extracción social le solicite, y no precisamente donde la sociedad en su conjunto y el país más lo necesita. Es allí donde el Estado debe saber priorizar, estableciendo claramente cuáles son las políticas públicas que definen al país.

Por supuesto que dejar en manos del Estado el establecimiento de las prioridades científicas y tecnológicas, supone un gran riesgo, porque dependiendo dónde se esté situado, algo pudiera parecer más urgente que otro, y ello muchas veces ocurre de acuerdo al lugar que el científico ocupe en la sociedad. Quizás por la poca claridad ideológica del propio Estado, muchas de esas políticas han fracasado, sea por su concepción teórica (por ejemplo, publicar es sinónimo de actividad científica) o por mala implementación (Misión Ciencia es un claro ejemplo) o por el desinterés que el Estado le pone a la ciencia como constructo social, en beneficio de un modelo de desarrollo que prioriza el carácter industrial de la producción nacional.

Lo cierto es que en Venezuela, en materia de ciencia y tecnología, se está permanentemente innovando en lo atinente a las políticas públicas que el Estado se plantea, pero en la práctica no se han podido determinar cuáles son las prioridades reales para avanzar en el bienestar del ciudadano, y con ello, otorgar recursos suficientes para afianzar ese modelo de hacer ciencia.

La falta de información que motive a una sólida formación en ciencia, la desaparición de encuentros de discusión, así como la no asistencia a eventos donde el científico confronte con el resto de sus pares, el retardo en el otorgamiento de recursos, los desmejorados incentivos y hasta el poco respeto que se tiene por toda persona dedicada a la ciencia, ha generado la falta de solidez de un modelo científico tecnológico que justifique una verdadera formación ideológica, a partir del cual los científicos tomen conciencia del papel que desempeñan en el desarrollo del país.

***Jesús Alberto Andrade***  
***Editor***